

un lector perezoso. Ese funcionamiento de lo sentimental lo redime de su carácter previsible y elemental porque lo convierte en componente necesario de una obra literaria con un impulso propio.

Esa puede ser todavía la vocación del relato de ficción, pese al descrédito que vive desde los impugnadores de la imaginación como herramienta de conocimiento moral, humano: y conviene aclarar que esa impugnación se hace desde una idea muy pobre, muy estrecha, muy restringida y elemental de lo que pueda ser la imaginación (es lo que le sucede al explicable panfleto que el francés Christopher Donner ha titulado *Contra la imaginación*). De hecho, la efervescencia actual de los libros de hechos vividos, testimonios, crónicas de vidas y viajes es el cumplimiento de esa misma espiral absorbente de lo sentimental: mientras la ficción contiene una forma estilizada y elaborada de sentimentalismo, el testimonio lo entrega en bruto sin posible asidero a una razón analítica o interpretadora que atenúe el valor de inmediatez, o corrija la perspectiva deformada de la confesión. La historia y la razón crítica han trabajado siempre acorazados contra lo sentimental y en cambio son hoy víctimas también de esta misma atracción universal. Contra lo que muchos creen, no es la imaginación, o la ficción, un enemigo de la verdad

moral, sino su mejor aliado, aquel que corrige la obviedad tautológica del sentimiento vivido, la evidencia palmaria de lo experimentado, para tratar de comprenderlos, dotarlos de sentido, aunque ese sentido sea el de la ausencia de sentido, la lógica turbadora del absurdo.

Dos obras más —una novela y una investigación periodística— pueden ayudar a revisar esta impunidad de lo sentimental que parece prejuicio muy terco del fin de siglo. Rafael Sánchez Ferlosio mandó todas sus naves al *ABC cultural* para rendir culto al libro de Arcadi Espada, *Raval. Del amor a los niños* (Anagrama), pero quizá sin llegar a señalar directamente lo que hace de este libro una auténtica *rara avis*. No es tanto la pulcritud con que denuncia las desasosegantes relaciones entre la judicatura, la policía y el periodismo, ni siquiera la precipitación interesada con la que los medios de comunicación organizan la realidad y su verdad o falsedad, sino la limpieza aséptica de tono, la neutralidad registradora pero parcial, muy parcial y nada pasiva, con la que escribe Espada. Es un autor cargado de razón, razón política y ética, razón deontológica, pero no razón sentimental. Ha rehuído la tentación más fácil de un asunto delicado porque prevalece un criterio superior, acertado o no, pero en todo caso superior a la insolencia irruptiva, irreprimible, de lo sentimental.

Pudo haber caso de pederastia o no en ese barrio barcelonés de pobres, ancianos e inmigrantes, pudo existir la red que se denunció o no, pero la importancia de la reflexión de Espada no está sólo en narrar un enredo forjado a medias entre la indolencia de unos y la interesada urgencia de otros. Está en otro lugar, el de la convicción que nace de razones sentimentales, sin duda, pero se fragua y emerge, madura y crece en el lugar de las convicciones racionales, el de la razón humanística y crítica. No hace falta ningún nuevo orden de creencias, ni ninguna nueva ideología, ni ninguna nueva cosmovisión política que sustituya a las arrumbadas por los desastres del siglo XX para que una conciencia adulta decida regresar a la más clásica de las razones intelectuales, la razón ética, la razón del pensamiento analítico y crítico, la razón de la sospecha y el recelo fundado: esa nueva —clásica— razón ilustrada es seguramente más precaria de lo que cree ella misma, pero es una verdad necesaria contra la verdad obvia, primaria, de lo emocionalmente irreprimible.

A Álvaro Pombo, que es el gran novelista español de este fin de siglo, los sentimientos le atraen como el carbón de azúcar atrae a los chavales, pero está enteramente inmunizado contra el virus sentimentalista o la permeabilidad de

las filtraciones de lo sentimental. Las dotes de narrador y la inteligencia del escritor impiden que sus relatos se contaminen de sentimentalismo y, sin embargo, qué otra cosa es la historia de Acardo, en *La cuadratura del círculo* (Anagrama) más que la fabricación de un sentimiento: el de la decepción ante el mundo imperfecto, el de la fragilidad del saber humano, el de la contingencia de la verdad. La novela es magistral por motivos mayores y menores, periféricos y centrales, pero al hilo de esta crónica lo es también por la extraordinaria lucidez con la que enseña el modo en el que la dimensión sentimental constituye una raíz humana y moral sólo inteligible cabalmente, sólo iluminadora de algo más que su propia evidencia, cuando se coordina, se teje, se urde junto con otros estratos de la conciencia menos inmediatamente dados, más elaborados y sutiles. Desde esa operación integradora, lo sentimental se mide con aquello que lo dota de profundidad y consistencia; lo corrige y lo madura como resultado de un análisis racional, no de la mera entrega a la respuesta primaria. Pombo ha contado la historia de un aprendizaje, fraguada sobre unas cuantas ideas centrales, pero lo ha hecho sin renunciar a que esas ideas se materialicen en la experiencia y la biografía de un hombre hecho, como todos, de